



*Texto de la intervención del escritor y periodista, D. Plinio Apuleyo, en el acto de entrega del IX Premio Internacional de Derechos Humanos de la FHC. (PDF)*

*Ante todo, mis agradecimientos a la Fundación Hispano Cubana por la invitación que me ha dirigido para participar en este evento.*

*Es muy claro el significado que tiene para los valores de la libertad y la lucha contra la opresión otorgar el IX Premio Internacional de Derechos Humanos a las Bibliotecas Independientes de Cuba.*

*En un país donde todas las libertades han sido confiscadas desde hace más de 45 años por un régimen que reúne dos bárbaros despotismos: el del caudillo que no acepta límites a su poder y el de un sistema que produjo en el siglo pasado cien millones de muertos, abrir a través de estas bibliotecas la puerta de las ideas y de la cultura a quienes no se resignan al pensamiento único y a la esclavitud intelectual, es a la vez un desafío y la reivindicación de uno de los derechos humanos más esenciales de todos los tiempos.*

*No debemos olvidar que el pensamiento único propio de un régimen comunista excluye de los liceos, bibliotecas oficiales o librerías toda obra que cuestione o simplemente no corresponda a la enajenación ideológica que le sirve de base. De modo que ensayos, novelas y hasta las creaciones poéticas que se aparten de esta ortodoxia, tan ciega y excluyente como la de un fundamentalismo religioso, quedan fuera de circulación, y nunca un cubano tendría acceso a ellas si no hubiesen surgido, como réplica valerosa a esta dictadura cultural, las Bibliotecas Independientes de Cuba.*

*A mí la tragedia – no hay otra manera de llamarla – vivida desde hace casi medio siglo por Cuba nunca me ha dejado indiferente. Es un drama que me duele en el fondo más recóndito del corazón. En mi caso, y el de muchos latinoamericanos de mi generación, lo que en un momento apareció como el sueño de una revolución libertaria no tardaría en convertirse en una pesadilla que comparto con los cubanos en el exilio.*

*Como joven periodista atento a todo lo que ocurría en nuestro continente, estaba en la Habana cuando Fidel Castro, que acababa de hacer allí su entrada triunfal, habló por primera vez ante una multitud congregada frente al palacio presidencial. Como no pude encontrar sitio en la abarrotada tribuna de madera que allí se había levantado, me refugié en el propio palacio para seguir el acto por televisión. Me llamaba la atención ver en la pantalla la nerviosa gesticulación de Castro, la manera como a veces alzaba la mano para palpar el micrófono y, de pronto, la inesperada paloma que llegó a posarse en su hombro. En ese momento, un modesto cubano que se hallaba a mi lado dejó escapar un comentario absolutamente inimaginable: – “¡Pobre Cuba – exclamó en voz baja –; pobre Cuba en manos de este payaso!” Creo que debió ser el primer exilado que llegó a Miami. Sin duda un visionario.*

*He contado en un libro cómo, poco después, fui nombrado director en Colombia de Prensa Latina, la agencia de noticias creada por el gobierno revolucionario, mis frecuentes viajes a la Habana, y la preocupación que luego de algún tiempo compartía con Jorge Ricardo Masetti, el fundador y primer director de la agencia, viendo como elementos del viejo partido comunista, pese a haber apoyado aquella revolución sólo cuando vieron inminente su triunfo, iban tomando posiciones claves en institutos, ministerios y medios de comunicación. Actuaban como comisarios sigilosos fiscalizando los comportamientos que no entraban a su modo de ver dentro de la nueva ortodoxia revolucionaria, opuestos siempre, en nombre de ella, a esa alegre y traviesa espontaneidad de sus compañeros de trabajo, muy propia del carácter cubano. Masetti acabó despidiendo a varios de ellos, sin darse cuenta que con ello entraba en conflicto con el giro hacia el comunismo que estaba tomando la revolución. Desautorizado por el Ministerio de Trabajo, acabó renunciando a su cargo y yo también. “El que renuncia es un contrarrevolucionario”, me advirtió uno de esos comisarios que asesoraban al nuevo director. Y así quedé para siempre – y por fortuna – calificado.*

*Pero debo confesar una gran ingenuidad. Salí de la Habana y nunca pude volver, pues los contrarrevolucionarios no regresan, es sabido. Me quedó el recuerdo de una ciudad rutilante que en nada se parece a la que ahora veo en fotografías, películas o documentales. Pero mi ingenuidad consistió en que durante casi cerca de diez años seguía pensando que lo visto y vivido por mí era sólo un brote de sectarismo a espaldas de Fidel; algo al fin y al cabo reparable por él mismo. El*

*caso Padilla – o sea la detención del poeta Heberto Padilla - acabó por mostrarnos a muchos ingenuos y despistados la realidad que nos resistíamos a ver. Yo era en ese momento jefe de redacción de la revista Libre , una publicación editada en París que congregaba a los más notables del llamado “boom” de la literatura latinoamericana. Fue un punto de ruptura definitiva de muchos de nosotros con el régimen cubano. Otros escritores, vinculados a la revista, siguieron aferrados al mito de la revolución, y no nos acompañaron. Es algo que todos ustedes conocen muy bien.*

*Con el tiempo iría confirmando la realidad terrible que vivía la isla, gracias sobre todo a viejos y nuevos exilados que he encontrado en mi camino. Podría citar a amigos ya desaparecidos como Guillermo Cabrera Infante, Néstor Almendros o Severo Sarduy, o a otros muy entrañables como Carlos Franqui, Carlos Alberto Montaner, Orlando Jiménez Leal y al más reciente de todos ellos, gran poeta y hombre valeroso que hoy nos acompaña: Raúl Rivero. Además de ser grandes valores de la cultura cubana, todos ellos tienen un punto en común: su lucidez y su inquebrantable honestidad. Y algo más: su voluntad de lucha.*

*Con ellos, todos cuantos aquí nos reunimos hoy en la entrega de este valioso premio internacional a las Bibliotecas Internacionales de Cuba, compartimos terribles certezas a propósito del régimen castrista. Cuba, que en el momento de la revolución ocupaba el tercer puesto entre los países latinoamericanos con mejor nivel de vida, hoy, con excepción de Haití, es el más pobre del continente. Esa revolución, que pretendía acabar con las desigualdades sociales y económicas, explota como nadie a los trabajadores confiscando lo que en el sector turístico se les paga para convertirlo en desvalorizados pesos que no representan sino un ínfimo porcentaje de ese valor.*

*Esa revolución, que habla en nombre de la dignidad del pueblo cubano, le inflinge la indignidad de un apartheid nunca antes visto, según el cual el cubano común y corriente que sólo dispone de la moneda de sus salarios tiene vedado el acceso a restaurantes, hoteles, tiendas donde podría comprar los artículos de los cuales carece. Esa revolución que pretendía crear un hombre nuevo, dueño de una altísima moral revolucionaria, quebranta el carácter que siempre fue distintivo de las gentes de Cuba, obligando a muchas de ellas, para sobrevivir, a valerse de mentiras, dobleces, astucias y encubrimientos, e incentiva una prostitución de miseria para atender lo que en los confines más infortunados del mundo atrae se designa como turismo sexual. Esa revolución ha llenado las cárceles de presos políticos, humilla y acosa a los disidentes y registra la cifra escalofriante de 15 mil fusilados por delitos contra la revolución. Con el régimen totalitario de Corea del Norte, es la última expresión de un totalitarismo de la época estalinista que queda en nuestro mundo.*

*¿Hay esperanza de poner fin a este horror? La hay, por fortuna; hoy más que nunca, a medida que el dictador declina, empieza a verse un a luz al final de este largo túnel de penurias y opresión. Para mí, el hecho más importante, registrado por Carlos Alberto Montaner en su magnífica Conversación en los funerales del Comandante, es que las convicciones ideológicas que en otro tiempo seguían manteniéndole adeptos a la revolución, se han esfumado. “El testimonio confidencial de los hijos y parientes de numerosos dirigentes – dice Montaner – no deja lugar a dudas: en la intimidad de sus casas se reniega del sistema y se admite el total desastre en que vive el país”. Por otra parte, el acatamiento reverencial a la palabra del caudillo, la obediencia ciega a sus dictámenes por temor a ser marginado o castigado en un sistema que no permite otra alternativa, no va ser heredado por ninguno de sus sucesores. Ninguno tiene ese mismo poder. Raúl Castro no llega a ser visto de la misma manera por los mandos militares, los tecnócratas o quienes se mueven en el campo diplomático. Dentro de la cúpula dirigente hay ya quienes piensan que la economía debe abrirse siguiendo el modelo chino y hay también quienes quieren mantener los dogmas de Castro contra el libre mercado y la libre empresa. La aparición de estas fracturas es inevitable. Seguramente dirigentes que hoy callan pero que, están concientes del desastre vivido hasta ahora , se permitirán expresar opiniones nada ortodoxas. Quienes buscan por esta vía de reformas mejorar los estándares de la sociedad cubana, le abrirán la puerta a un protagonista que nunca había logrado levantar la voz: el pueblo mismo, la gente común. Los disidentes, expuestos hoy a toda clase de retaliaciones, jugaran un importante papel en este nuevo escenario, que será como el primer paso hacia una apertura democrática.*

*Espero no extraviarme en simples ilusiones. Las férreas dictaduras identificadas con el hombre que las impuso utilizando todas las formas de opresión, acaban desplomándose cuando éste desaparece. El comunismo, por otra parte, demostró que acaba liquidado por sus propios fracasos. Es ridículo imaginar que en estos tiempos puede tener vigencia un socialismo del siglo XXI, como el que está proponiéndole Chávez a su propia país, cuando cualquier ciudadano pensante sabe que no es sino la reedición del siniestro y fracasado comunismo del siglo XX. Los*



*tiempos favorecen una corriente opuesta de ideas y vías hacia el desarrollo. De ahí que preservar espacios para la lectura y la reflexión ligados a una cultura de la libertad, como hacen las Bibliotecas Independientes de Cuba, es un empeño de enorme significación. Nada más merecido que el Premio que hoy otorga la Fundación Hispano Cubana.*